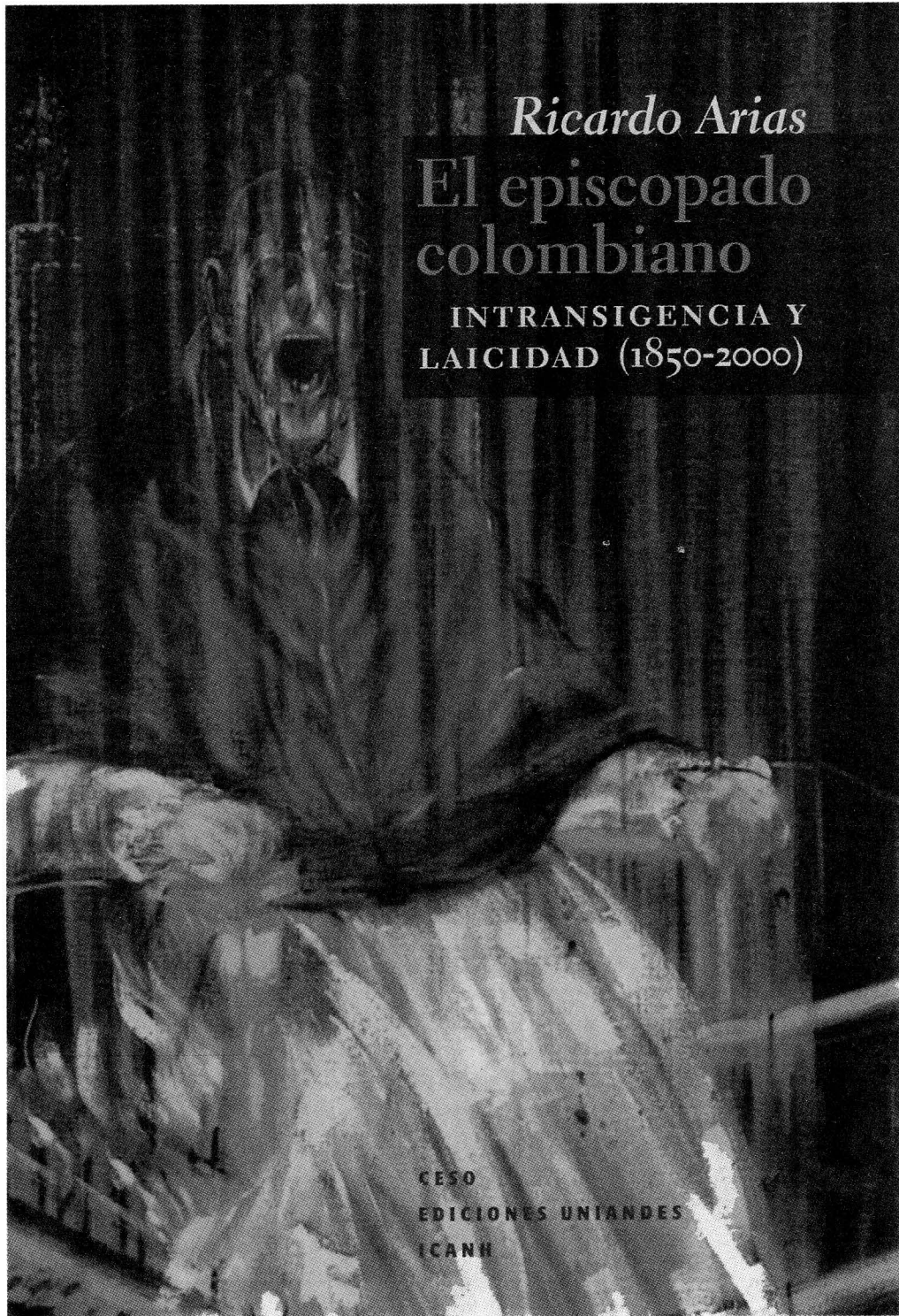


RESEÑAS



Helwar H. Figueroa Salamanca*

Ricardo Arias, *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*.

Uniandes-ICANH, Imprenta Nacional, Bogotá, 2003. 382 páginas.

Los esfuerzos del historiador Ricardo Arias en la presente obra tienen por objeto presentarnos una visión panorámica de la tensión existente entre los avances de la modernidad y una de las instituciones más tradicionales de occidente e interesada en no desaparecer de la escena política y social del país, la Iglesia Católica. El eje central de esta disertación se construye a través de un seguimiento detallado de las orientaciones del Vaticano y sus respectivas interpretaciones por parte del episcopado colombiano, expresadas éstas en las conferencias episcopales y pastorales colectivas.

El principal aporte de esta investigación, pero a la vez su mayor debilidad, es haber logrado dar una visión de conjunto sobre la institución eclesiástica en un recorrido que abarca gran parte de la historia republicana. Por cierto, esta publicación se convierte en un material de obligada consulta a la hora de estudiar las posiciones políticas del alto clero y su contraparte, los liberales, interesados éstos en disminuir la hegemonía católica. De todos modos, por la cantidad de temas abordados (relaciones Estado-jerarquía eclesiástica, educación, matrimonio, mujer, problemas sociales, democracia, violencia, moral y diversidad religiosa) y la extensión del período, muchos de los problemas planteados no fueron desarrollados integralmente, lo cual no permite tener una mirada más profunda con respecto a investigaciones anteriores; afortunadamente, para un lector acucioso y paciente, su lectura deja un gran número de interrogantes por resolver; convirtiéndose así en una beta para seguir, pues muchas de sus preguntas merecen ser resueltas.

El interés de Arias por describir las tensiones entre los sectores más intransigentes del episcopado y las propuestas secularizantes del liberalismo, desde mediados del siglo XIX hasta los años cincuenta del siglo XX, lo obliga a conceptualizar la intransigencia católica y la laicidad liberal; para lograrlo recurre permanentemente a los estudios de la escuela francesa.

La intransigencia la define siguiendo a Émile Poulat como un catolicismo romano, orientado por Pío IX (1848-1878), que pretende mantener a la sociedad atada a un orden integral que no permite: la separación entre lo temporal y espiritual, el cuestionamiento de la verdad dada por Dios, ni las explicaciones naturalistas (racionalistas); intransigencia que surge como respuesta a una laicidad que propone la separación del mundo terrenal del espiritual y la libertad pública de conciencia (p. 44-59). Arias insiste en la necesidad de comprender cómo las ideas laicas tienen el interés de abrir espacios a la pluralidad en un escenario donde la democracia es lograda gracias al respeto por el pluralismo y la libertad de conciencia. Siguiendo esta lógica conceptual, el autor comienza a ponerla en práctica en los diferentes enfrentamientos bipartidistas de Colombia: reformas liberales de mediados del siglo XIX, el radicalismo liberal de los sesenta, la Constitución de 1886, las propuestas reformistas de 1936 y la Violencia de los años cincuenta. Dentro de este proceso evidencia cómo hay mucha más coherencia en el pensamiento intransigente de la mayoría del episcopado (en el texto se reconoce la existencia de diferentes corrientes del pensamiento católico), frente a un liberalismo colombiano que no logra interiorizar el pensamiento secular originado en Europa y retomado acríticamente para ser divulgado de forma retórica en Colombia.

De este primer gran período abordado por Arias se puede concluir que los principales aportes están relacionados con problematizar: la tensión intransigencia-laicidad y, sistematizar y analizar, incipientemente, las versiones oficiales de la Iglesia Católica en oposición a los procesos secularizadores. Sin embargo, cómo se ha expresado por la extensión del estudio son muchos los interrogantes abiertos; por ejemplo, el autor deja de lado las relaciones de la Iglesia católica frente al poder, representado en sus cercanías ideológicas con

.....
Historiador, Universidad Nacional de Colombia

el partido conservador (posiciones político-religiosas de Miguel Antonio Caro, Laureano Gómez y Rojas Pinilla, son estudiadas muy tangencialmente); además, parte del supuesto de que con la Constitución de 1886 surge un Estado confesional y no explica el por qué de ello, a pesar de la existencia de otras investigaciones que conceptualizan esta relación como la imposición de un *Estado teocrático* o más coherentemente como un *Régimen de cristiandad*; componentes fundamentales en la tensión analizada por Arias. No obstante, desde esta perspectiva, es necesario decir que este trabajo se podría ubicar dentro del resurgir de la historia política, pero sorprende que no tenga en cuenta los aportes recientes de la historia social en cuanto al hecho religioso. De igual modo, pese a la originalidad de la bibliografía conceptual, sus aproximaciones teóricas no se distancia de las investigaciones realizadas hace tantos años por el historiador Fernán González, obra con la cual Arias parece estar muy identificado, desconociendo publicaciones recientes como las del investigador social José David Cortés, quien aborda los mismos problemas estudiados por nuestro autor reseñado.

La segunda parte del texto tiene por objeto estudiar el impacto del *Concilio Vaticano II* (1962-1965), las posiciones políticas de la Iglesia Católica con respecto a los nuevos actores de la violencia y, las actuaciones eclesiásticas frente a las propuestas pluralistas incluidas en la Constitución de 1991. Las inquietudes de Arias giran en torno a los procesos modernizantes que la institución eclesiástica se ve en la necesidad de realizar en su interior para no bajarse del tren de la historia. Como en el mismo esquema de la primera parte del texto Arias enuncia las principales disposiciones papales, su recepción por parte del alto clero colombiano y su posterior divulgación. En este sentido, las orientaciones del Vaticano, basadas en las conclusiones del Concilio y las propuestas de Juan XXIII (1958-1963), pretenden hacer de la Iglesia católica una institución más comprometida con la realidad social de los pobres; respetando, además, la diversidad y el pluralismo religioso, en un claro principio ecuménico y democrático. Arias, concluye, con los estudiosos franceses, que esta posición para la Iglesia: "...implica reevaluar la concepción que se tiene del devenir histórico. La imagen de una Iglesia detenida en el tiempo, ajena a las vicisitudes de la historia, consideradas como meros accidentes que en nada afectan la esencia de una institución perfecta, se desvanece, y en su lugar aparece una Iglesia que ya no es inmune al paso del tiempo" (p. 291-202). Estas disposiciones -insiste Arias- entran en clara oposición con la tradicional intransigencia de un sector importante del episcopado colombiano que niega cualquier verdad diferente a la católica y, la posibilidad de una Iglesia más cercana al cambio; es

decir, más comprometida con procesos que tienden a su democratización y abren el espacio a los aires modernizantes de los "nuevos tiempos". Ciertamente, Arias señala el cambio de una Iglesia tradicional a una más democrática, pero recuerda que esta hereda algunos planteamientos de la intransigencia, pues finalmente se quiere hacer de la tierra un paraíso; donde la religión seguirá atravesando toda la sociedad de forma integral (p. 213-215).

Ahora bien, las diferentes posiciones entre la jerarquía eclesiástica y algunos sectores del bajo clero y las comunidades religiosas, durante este período, son más evidentes en el escrito reseñado. Ello ocurre porque las conclusiones del *Concilio Vaticano II* fueron reconocidas ampliamente por los sectores democráticos de la Iglesia colombiana, los cuales -a diferencia de otros países latinoamericanos- estaban concentrados en el bajo clero en oposición a la mayoría del alto clero. Arias describe este proceso por medio del estudio del impacto de la *II Conferencia Latinoamericana* (1968), la *Teología de la Liberación*, la conversión de Camilo Torres en guerrillero y la creación de grupos político religiosos conformados por curas párrocos y el clero regular (Golconda y Sacerdotes de América latina, SAL, entre otros); hechos y personajes muy cercanos al trabajo eclesial de base y a los estudios sociales (de influencia marxista) que terminan por vincular al clero con los movimientos sociales de la época.

A pesar de su intransigencia, la posición de la jerárquica en los conflictivos años sesenta y setenta estuvo mediada por su relativo alejamiento del poder; es sí como en los años ochenta, ante las evidentes injusticias y persecuciones de que eran víctimas los sectores populares, asume una actitud mucho más crítica con el establecimiento. Aunque guarda distancia frente a los alzados en armas y a los diálogos de paz realizados durante el gobierno de Belisario Betancur. De todos modos, Arias logra mostrar que no hay consenso entre el alto prelado con respecto a la posición que deben asumir en torno a la guerrilla y, más adelante, frente a los narcotraficantes que entran es escena en este mismo período (p. 270-277). No obstante, el episcopado es contundente en culpar a la debilidad del Estado, a la corrupción política y a la impunidad cómo las principales causas de los problemas sociales del país. Así mismo, Arias se pregunta el por qué este cambio de postura episcopal y las razones de su crítica al *statu quo*. Las respuestas son argumentadas por medio de una incipiente utilización de entrevistas (cinco) a prelados de la Iglesia. Según estos clérigos, la nueva posición surge a raíz de: el debilitamiento de la *Teología de la Liberación* y la caída de la Unión Soviética; la necesidad por parte de la Iglesia de recuperar su presencia en todos los

ámbitos sociales; el acercamiento del bajo clero con los sectores populares y las ONGs; y, finalmente, al relevo en la presidencia de la Conferencia Episcopal de: Monseñor López Trujillo a Pedro Rubiano (1990-1996) y, más claramente, de este último a Alberto Giraldo (p. 285-288).

Arias destaca que las nuevas orientaciones se manifiestan en la posición que asumen los obispos con respecto a la guerra que vive el país a finales de los ochenta y los noventa. El episcopado, en su mayoría, condena las injusticias sociales y la violación de los derechos humanos, factores de los cuales no son sólo culpables los actores armados ilegales sino el propio Estado que por medio de la impunidad y la falta de compromiso para acabar la guerra también tiene una cuota de responsabilidad. En efecto, desde mediados de la década de los ochenta, la Iglesia Católica está comprometida con los diálogos de paz, la defensa de los derechos humanos y el Derecho Internacional Humanitario. En este sentido, nuestro autor se interroga por el alcance que pueden tener estas nuevas concepciones sociales dentro del episcopado. Será que la iglesia ha entrado en una nueva etapa que le permita comprender y aceptar la separación de poderes; es decir superar el integrismo católico, dar espacio al pluralismo religioso y a la libertad de conciencia, dentro de un Estado laico y democrático. La respuesta es clara, el pluralismo religioso y un

Estado laico, a pesar de su cambio de actitud frente a los problemas sociales, no son negociables para la institución eclesiástica. Posición que es asumida con respecto a las propuestas secularizantes planteadas en la Constitución de 1991 (p. 323-329).

Para terminar, en la segunda parte de esta investigación cobra fuerza una posición de la Iglesia más comprometida con el contexto social, diluyéndose, a la vez, las confrontaciones con las propuestas modernizantes abanderadas por el liberalismo. Ya no son los actores políticos los que reclaman la creación de un orden social determinado (Iglesia y partidos políticos), sino es la propia sociedad la que ha entrado en un proceso de "autoliberación" individualista; infortunadamente, este ethos religioso y político está más marcado por una "religiosidad popular"; y, diríamos, al lado de ella, por la pérdida del tejido social, por el consumo desaforado, el hedonismo y la homogeneidad, que niegan el pluralismo y los referentes humanistas; además, todo ello, para Colombia, en un contexto de guerra permanente. Conclusión evidenciada por el desplazamiento de la hegemonía de la Iglesia Católica -obvio, al lado de otras instituciones e ideologías- frente a los "nuevos tiempos" y a los recién creados "partidos confesionales" (religiones carismáticas); procesos de los cuales Arias es un observador diligente y crítico.